
ARPILLERA
RELATOS CON URDIMBRE Y TRAMA
Antonio M. Contreras Jiménez

VISION NET

Antonio M. Contreras Jiménez

ARPILLERA

RELATOS CON URDIMBRE Y TRAMA

VISION NET

ARPILLERA. RELATOS CON URDIMBRE Y TRAMA

© Antonio M. Contreras Jiménez

© 2005 Editorial Vision Net

Avenida de Asturias, s/n, Impares, local 5.

Semiesquina a Plaza Castilla, 3. 28029 Madrid (España)

Tel.: 0034 91 311 76 96

url: www.visionlibros.com

ISBN: 978-84-9886-645-2

Depósito legal: M-49161-2005

Producido por Grupo Corporativo Visionnet.

Cuatro Amigos, 5 Posterior. 28029 Madrid (España)

Portada e ilustraciones del propio autor

Maquetación: P. Soler Lizana. *Telf.*: 666 910 549

Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

“Lo que tengo se lo debo a muchos,
lo que soy te lo debo a ti”

A mi madre, Trinidad Jiménez García.
In Memoriam.

“No dejamos de ser nunca unos aficionados, nuesta vida es tan corta que no da para más”

Charles Chaplin

PRÓLOGO

...Y no sé, admirado Charles, que será más triste: si pensar que la vida es demasiado breve (¿?) o tener el convencimiento de que por más que nos esmeremos nunca dejaremos de ser unos aficionados. Algunos (ahí están los premios y reconocimientos literarios) consiguen llegar a cotas muy altas, a otros, pienso que la mayoría, nos mueve más el placer que lleva implícita la lectura, la literatura o –como es el caso- la simple creación literaria. Y cuando todo en la vida es banal y efímero, nos damos cuenta de que el arte, en todas sus manifestaciones, es algo que nos trasciende y da sentido a nuestras vidas. Sin ánimo de prolongar mi vida más allá de lo estrictamente normal y necesario, y ante la convicción de que ésta ha sido y será mi única vida, no me oculto en convenir con el gran Odiseas Elytis que "escribo para que la muerte no tenga la última palabra". La fugacidad de la vida requiere del artista un esfuerzo superior por atrapar esa realidad que se escapa: Si el pintor intenta hacer eterno lo que ve, el escritor intenta hacer eterno lo que siente.

Suscribo lo que un día dijera el político Alfonso Guerra de que "aumenta la necesidad creadora (artística en todas sus modalidades) en aquellos que no podemos engendrar otro género de vida" (¡que sí, que sí, que también hay mujeres que han sido madres y a la vez son artistas y escritoras!), y mi necesidad de crear la reconozco como la constante vital que me ha deparado más satisfacciones a lo largo de mi vida, de ahí que mis profesiones frustradas (ebanista, pintor o arquitecto) tengan todas que ver con el mundo de la creación.

El arribo de mi barca a estas procelosas aguas de la narrativa es la culminación de un largo proceso que comenzó con los premios de redacción en el colegio, la composición

de varios poemarios y la publicación de diversos artículos periodísticos, una mayoría sobre asuntos de tema turístico. Si a un gran pintor no se le considera tal hasta que no muestra sus habilidades en el óleo (no quiero con ello desmerecer al dibujo, el grabado, la acuarela, etc.), pienso que al escritor le tienta siempre la creación de una gran novela. Aunque este libro no lo sea, sí alberga muchas pequeñas historias, que podrían calificarse de novelas en embrión. Y mi placer al escribirlo ha sido indescriptible porque no me ha bastado con manejar y utilizar bien los datos proporcionados por una determinada enciclopedia o guía de viajes, sino que he tratado de crear imágenes que pudiesen retratar la realidad, personajes y emociones creíbles, situaciones que pudiesen parecer posibles, y en algunos casos telones de fondo que exigían un cierto entramado histórico. En definitiva, creación pura y dura, reto que asumí asistiendo a los talleres literarios del Centro Cultural Maestro Alonso y al que me entregué de lleno por lo que supone de incursión en la narrativa auténticamente creativa.

Siempre he dicho que mi sentido del pudor no me impediría publicar una foto desnudo, pero si me supone múltiples titubeos a la hora de decidirme a publicar un determinado texto y es que, como dijera Luis Vives, "no hay espejo que mejor refleje la imagen del hombre que sus palabras". Mis escritos se basan más en lo vivido que en lo soñado, es por ello que en el esquema –nada arbitrario- que he establecido para la clasificación de estos relatos, prime la enmarcación geográfica que como mi vida, comenzó en tierras de Jaén, continuó en Madrid y se prodigó después por diversos lugares de nuestro planeta. En la última sección también queda patente mi gusto por la Historia. La ciencia-ficción en cambio es una parcela que se me resiste, o sea que tranquilo señor Asimov.

Éste es un libro escrito para amigos y exento de grandes ambiciones, espero primero que disculpéis mi osadía,

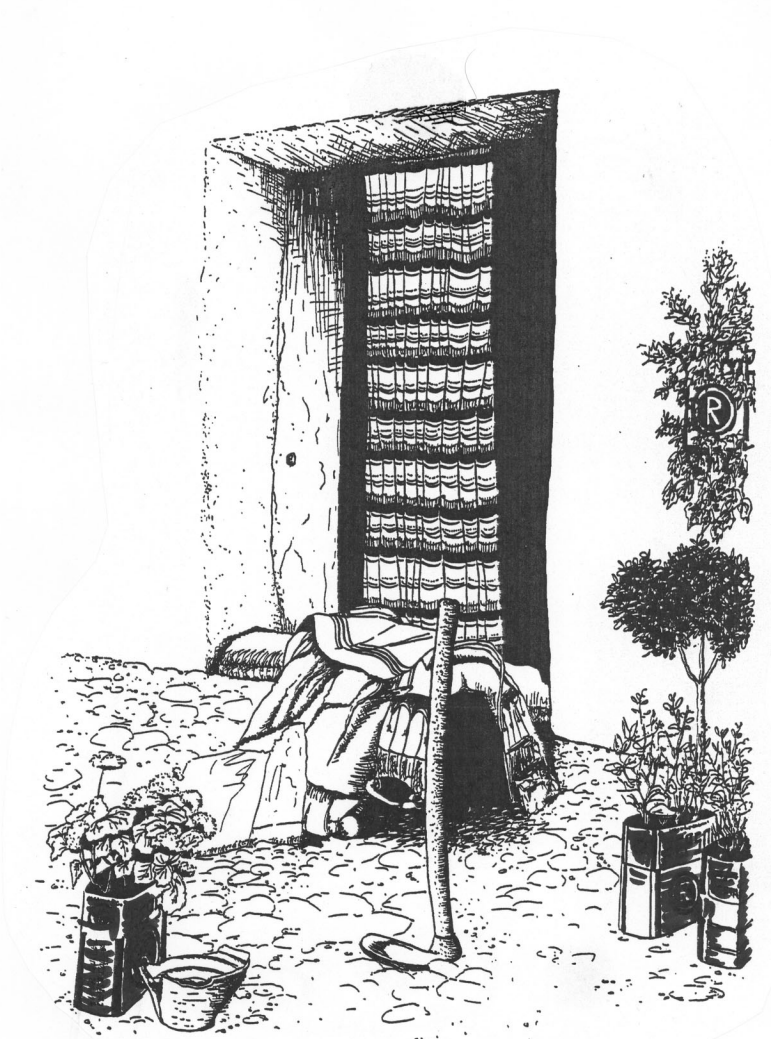
luego que disfrutéis con su lectura; me consuela saber que al fin y al cabo, los libros como los amigos: no siempre los mejores son los que más nos gustan. Y no dudéis en descargar sobre mi vuestras críticas feroces, estoy persuadido de que si un buen hotel se hace con clientes exigentes, un buen escritor se hace con lectores inteligentes. Así que ¡ayudadme a crecer!

Antonio M. Contreras
Madrid, Octubre 2005

I.

Jaén, levántate brava de entre tus piedras lunares...

Paco Ibáñez



1. HISTORIA DE UNA PIEDRA BORAENSE

Cuento de historia-ficción para niños (apto para mayores)

Nací hace varios miles, millones de años, aunque no tengo claro quienes fueron mis padres: Unos dicen que Dios durante el tercer día de la Creación, otros que se trató de un Big-Bang o Gran Explosión; sea como fuere yo pienso que uno y otro deben ser la misma cosa aunque la ciencia aún no haya evolucionado lo suficiente para demostrarlo. En fin, que la corteza de nuestro planeta Tierra, en principio incandescente, se fue solidificando a la vez que los minerales disueltos en ese magma iban agrupando sus átomos dando origen a multitud de cadenas químicas y cristalizaciones. Así nací yo, unos me llaman sílex, otros pedernal, pero es lo mismo, soy en definitiva una durísima variedad de cuarzo de color amarillo grisáceo que un día rellené grietas de roca caliza. Los movimientos tectónicos, las fallas y los plegamientos acaecidos a lo largo de millones de años sobre la corteza terrestre, me lanzaron al exterior. Al principio me afectó la erosión producida por agentes meteorológicos externos pero fue mas tarde, con las diferencias climatológicas y sobre todo con el arrastre al que me vi sometida por los jóvenes torrentes y ríos de agua, que adopté mi forma definitiva, casi la misma que tengo hoy.

Pero no estoy aquí, queridos niños, para hablaros de unos tiempos tan antiguos, sé que a vosotros lo que os interesa saber es mi relación con el hombre que comenzó mucho más recientemente, digamos que al final de la época cuaternaria, hace unos cien mil años (que tampoco es moco de pavo), y de

mi relación con él guardo muchos recuerdos, algunos de los cuales quiero contaros hoy.

Yo vivía tranquila, próxima a las orillas de un río que entonces no tenía nombre —aunque más tarde le llamarían Víboras—, viendo pasar las estaciones y los años, hasta que un día observé asustada como los ojos de un ser humano que se movía, velludo y cubierto de pieles, se fijaban en mí. Me cogió y me llevó a su cueva pues era un hombre descendiente de tribus nómadas del paleolítico que había descubierto las ventajas de la vida sedentaria y en colectividad, y allí me mantuvo varios años usando uno de mis cantos más afilados a la manera que hoy empleáis vosotros un cuchillo. Por primera vez me sentí útil: desgarré pieles, corté carne y serví para muchas cosas más. Pero un día, mi primer dueño decidió llevarme de caza por los alrededores, entonces boscosos y poblados de una densa vegetación. Vio a lo lejos un jabalí que hozaba entre los arbustos buscando setas. Se acercó sigiloso. Quiso lanzarle una piedra, pero —¡Maldición!— no encontró ninguna adecuada a mano. Echó mano a su cintura, me encontró y sin pensarlo dos veces me lanzó a toda velocidad contra la cabeza del animal. El jabalí echó a correr asustado. Yo, teñida de sangre después de haberle dado en la cabeza, caí rodando por un barranco. Mi dueño me echó en falta, y al principio me buscó, pero luego se hartó y pensó que piedras como yo había muchas, así que siguió adelante.

Durante cientos, tal vez miles de años, las aguas me arrastraron río abajo, también de izquierda a derecha, según me iba aproximando a sus diferentes meandros. Sufrí muchos roces, muchas pequeñas erosiones que limaron mis aristas hasta dejar mi superficie totalmente roma y pulimentada. Y así, convertida en canto rodado es como me encontró el niño que acompañaba a su mamá a lavar ropa en el río. Cuando acabada la colada, el niño manifestó su deseo de querer llevarme con él, tuvo que mantener una tremenda

disputa con su madre que se lo impedía porque alegaba que le gustaban demasiado las piedras, que ya tenía bastantes y que no quería ni una más dentro de casa. El ascenso a Bora, que así se llamaba el pueblo donde vivían, lo hice camuflada entre las ropas del niño quien —nada mas llegar a casa— me depositó junto a otras de distintas formas y colores que constituían sus juguetes, su pequeño tesoro. Estaba el pueblo en la cima de un cerro de amplísimas perspectivas, rodeado de una gran muralla de piedra. Se habían construido murallas de piedras ciclópeas por si algún día tenían que defenderse de sus vecinos, aunque Bora era un pueblo pacífico y tenía buenas relaciones con los otros pueblos ibéricos a su alrededor como el de Las Canteras, próximo al Pontón o el de Almedinilla, actualmente en provincia de Córdoba. Para recoger agua tenían que bajar a las dos grandes fuentes situadas, una en la falda del cerro de Bora, otra en la del vecino cerro de la Pedriza, y la recogían en grandes recipientes de barro que ellos mismos fabricaban. La cerámica de Bora era famosa en toda la comarca y existían varios alfares que la producían, entre ellos uno muy famoso que tenía su taller justo en el camino que conducía a la Fuente de Arriba. Pero los recipientes de barro tenían también otra utilidad muy curiosa: recogían en ellos los restos de sus difuntos, acompañados de sus pertenencias personales, una vez incinerados y enterrados en el interior de cistas, especie de habitáculos, rodeados de piedras planas.

Hacia el año 1000 (a.d.C.), las relaciones de Bora no sólo eran excelentes con sus vecinos sino que entraron también en relaciones con extraños visitantes dedicados al comercio, que habían llegado remontando el Guadalquivir atraídos por su cerámica, sus minas de sal gema, hierro y almagra; y —sobre todo— por la riqueza de los cereales de Bora. Decían llamarse fenicios y enseñaron a los boraenses —entre otras cosas— a cultivar la vid y el olivo. A uno de esos comerciantes que me vio le parecí hermosa, así que sin pensarlo dos veces me

echó en una especie de alforja sobre su burro pero con tan mala fortuna que —al estar agujereada— no tarde en escaparme rodando.

Me quedé tirada en medio del campo y allí, durante varios cientos de años observé como se sucedían otras tribus de griegos primero y cartagineses después que pasaban por estas tierras, siguiendo la que llamaban Vía de la Plata, atraídos principalmente por la riqueza minera del plomo y la plata de Cástulo. Tuvieron que pasar otros cientos de años hasta que unos señores mucho mejor equipados, llamados romanos, frecuentasen la misma calzada que los anteriores aunque éstos le cambiaron el nombre por el de Vía Turdetana. Llegaron a Hispania con la idea de aniquilar a Aníbal y de expulsar a los cartagineses de las regiones que luego llamarían Bética y Tarraconense. A los habitantes de Bora les sometieron con facilidad por ser una población habituada a mantener contactos y relaciones con otros pueblos. Según manifiesta el historiador romano Strabon en su obra "Geographica", redactada el año 29 a.d.C., los romanos quedaron impresionados por la riqueza natural de toda la Turdetania, su fertilidad en cereales, vinos y aceite, sus minerales: hierro, cobre, oro y plata; y su abundancia de ganados y caza. Dos años más tarde (27 a.d.C.) el emperador Augusto había conseguido para Bora la denominación de "municipio latino" que hizo acompañar del apelativo Cerealis. Tengamos en cuenta que sólo nueve municipios de la Bética consiguieron tal distinción.

Pues así de tranquila estaba yo, viendo pasar a los romanos, cuando sentí el impacto de un objeto metálico. Era una moneda Bora de bronce con una efigie de la diosa Ceres diademada con espigas. El soldado que la había dejado caer sin darse cuenta y la buscaba, reparó en mi y me mostró a uno de sus compañeros que manifestó su deseo de colocarme sobre el pretil del puente que en ese momento estaban construyendo sobre el río que más tarde habría de llamarse Víboras. Y durante varios cientos de años disfruté, desde mi privile-

giada atalaya, de uno de los paisajes más bellos que podáis imaginar. Además estuve muy animada porque todo el que pasaba sobre el puente quería frotarme con la mano.

Aunque mis varios cientos de años sobre el puente fueron felices, sufrí —no obstante— cuando vi pasar sobre él, entre los años 572 y 577, a las tropas de Leovigildo, emperador visigodo que empleó toda su fuerza militar para conquistar y luego destruir la ciudad de Bora.

Pero un día de 711, los árabes cruzaron el estrecho y en su ascenso por el valle del Guadalquivir llegaron a Bora a mediados del siglo VIII, aunque en aquel entonces, superado su pasado esplendor, Bora era una ciudad destruida y abandonada. Centraron todo su interés en la construcción de un colosal y espléndido castillo en la vecina Al-Qabdaq y para defenderlo construyeron una serie de atalayas cercanas entre sí, dos de ellas muy próximas a Bora. Para llegar a ellas, mi puente era paso obligado. Los muchos años transcurridos y la erosión me habían dejado un poco suelta Es así como un día, un colono musulmán que atravesaba el puente, me cogió para golpear los clavos que fijaban la herradura de su caballo. No sé que vio en mi de especial, pero acto seguido me guardó en los bolsillos de su chilaba y me llevó hasta su casa en lo alto del cerro vecino, adosada a un formidable torreón árabe. Fui un juguete para sus hijos que me dieron mil y un golpes jugando a matar cristianos, tantos golpes recibí que en alguna ocasión pensé que me quebraría. Pero un día, el mas pequeño de ellos me lanzo al aire con tal acierto que desaparecí de su vista.

Caí bajo un olivo, en una zona alta desde la que se divisaban tanto los altos de La Romera como los llanos del Vado Judío y es así como vi pasar por allí a gente muy importante. Resultó que por aquel entonces, Al-Qabdaq (Alcaudete) se había convertido en una ciudad muy importante y codiciada por todas las fuerzas árabes y cristianas por su importancia estratégica, reconocida por el geógrafo árabe Al—Idrisi, en el

camino entre Córdoba y Granada. Pues entre esa gente tan importante que os decía, podría citaros al Cid Campeador que en el año 1085 conquistó Alcaudete siguiendo órdenes de su rey Alfonso VI; también al rey Alfonso VIII que en 1212 se dirigió a Alcaudete tras haber conquistado la fortaleza del Víboras. Pasaron también por los mismos llanos Fernando III "el Santo" en 1225, y Alfonso X "el Sabio" en 1263; en fin, que, como podéis ver, fue un siglo XIII muy movidito.

Bajo este mismo olivo fui testigo de otro importantísimo hecho histórico. Ocurrió el verano de 1312, el Rey Fernando IV "El Emplazado" que había partido de Martos y se dirigía al terreno fronterizo de Alcaudete, comenzó a sentir unos fuertes dolores. Su séquito decidió recostarle a la sombra de mi olivo. Allí comprendí que los reyes son seres tan humanos como el resto de los mortales, pues vi a Fernando IV retorcerse de dolor, gritar, llorar, vomitar y sentir espasmos. Tanto es así que la tropa que le acompañaba, cuando casi estaban a las puertas de Alcaudete, decidió volver sobre sus pasos y llevarle de nuevo a Jaén donde murió el 7 de Septiembre de 1312. ¿Qué porqué le llamaron el Emplazado? Pues porque acusó a los hermanos Carvajales de Martos de un crimen que nunca cometieron. Fueron ajusticiados sin pruebas y arrojados desde lo alto de la Peña de Martos. Antes de morir, estos hermanos emplazaron al Rey Fernando IV apelando al Tribunal de Dios, y —como habéis podido comprobar— el emplazamiento se cumplió.

Un día de 1492 fueron los Reyes Católicos quienes pasaron por aquí en su camino a Granada. Su idea era acabar la jornada en Alcaudete, en cuyo castillo tenían planeado pernoctar; pero he aquí que pasando por el Vado Judío la reina se sintió indispuesta, su médico particular pensó resolverlo con una buena tisana y en su búsqueda de hinojo, tomillo, cardo y otras hierbas medicinales, subió hasta la cima del cerro donde yo me encontraba. Me echó la vista encima y —sin pensárselo dos veces— me cogió para cortar las hierbas contra otra

piedra. Cuando el médico bajó de nuevo junto a la reina, vio que ésta estaba siendo atendida por un matrimonio del vecino sitio de La Bobadilla, se llamaban Alfonso García y Lucía Alonso, y —enterados de que pasaban por allí tan ilustres viajeros— se habían acercado para llevarles agua rica y fresca de la fuente de su lugar. Informaron a los Reyes de que vivían felices en esa pequeña alquería de La Bobadilla, situada sobre un cerro pedregoso y compuesta por unas pocas casas, una de las cuales, la suya, la habían comprado a un tal Juan Pérez, natural del vecino Villodres. Como Lucía se percatara de que el médico que aún me llevaba en su mano, intentaba desprenderse de mi con un ademán de lanzarme al vacío, gritó para que no lo hiciera; la reina Isabel que se percató del detalle, pidió la piedra a su médico y la regaló después a Lucía agradecida por el agua, fue así como pasé a poder del matrimonio bobadillero y a lomos de su jumento, volví a Bora, perdón, hablemos con propiedad, ahora tengo que decir que volví a La Bobadilla.

Un par de siglos más tarde, año de 1752, el Marqués de la Ensenada realiza su célebre catastro. Cierto que la Bobadilla era un lugar escasamente habitado, pero es curioso que no aparezca en el citado censo cuando si lo hace el Cerro Vega, lugar sobre el que se asienta el pueblo. No ocurre igual con Pascual Madoz que la cita en su célebre diccionario, editado en 1843, e incluso dice que tiene una pequeña ermita dedicada a San Isidro. Claro que en aquel entonces, La Bobadilla, que había ido creciendo a lo largo del siglo XIX a un ritmo vertiginoso, tenía ya una población que se acercaba a los 1000 habitantes.

Después de muchos avatares, llegó un momento que yo creí definitivo en mi vida viéndome tranquila, confundida y mezclada con otras piedras de La Pedriza, contemplando las bellísimas puestas de sol sobre la Cabeza de Villodres, hasta que un vecino del pueblo que recogía piedras para hacerse un tapial me echó sobre el serón de su burro. Luego, mientras

atravesaba las calles del pueblo a lomos de su jumento, iba desprendiéndose de las más pequeñas por no considerarlas válidas para su tapia, y eso fue lo que hizo conmigo en el momento justo en que pasaba por las eras de José Ruiz donde me lanzó. No tarde mucho en estar inactiva pues poco tiempo después, estamos ya en el año de 1915, las citadas eras se convertirían en la plaza de Alfonso XIII y no sabéis cuanto me divertí allí. La plaza cambió varias veces de nombre pero como era la plaza central del pueblo se celebraban en ella todo tipo de eventos, carnavales, ferias y fiestas patronales. Pero también pasé un día un gran sufrimiento, fue un día de 1936 cuando unos vándalos ignorantes y desconocedores del arte arrastraron una bellísima imagen de Santa María de la Cabeza que previamente habían sacado de la iglesia. La llevaban atada a la cola de un caballo, al final, muy deteriorada, la quemaron. La imagen, una antiquísima talla de madera, era muy querida por los vecinos del pueblo que la llamaban cariñosamente "la virgen de la alcuza" por la alcuza de aceite que portaba en su mano.

Cuando a mediados del siglo XX se levanta el empedrado de la plaza para sustituirlo por baldosa y pretiles enfoscados, comienzo un nuevo viaje. Soy reemplazada y junto con otro material de derribo me vierten sobre el cerrillo Lanchar. Y aquí me tenéis ahora, en los albores del siglo XXI; perdí las puestas de sol sobre la cabeza de Villodres pero he ganado los bellísimos amaneceres sobre las sierras Ahillos y Caracolera y, además, durante el día, disfruto con el barullo de los chiquillos del cercano grupo escolar Pablo Ruiz Picasso.

En fin que soy muy vieja, tengo muchos millones de años y he vivido tantas emociones que ya no quiero dar más vueltas. Así que dejadme aquí, quietecita, que quiero seguir disfrutando de la contemplación de estos inigualables amaneceres sobre La Bobadilla.